TRABAJO

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA DE COSTA RICA

"Soy burgués, pero, reconozco que la mejor aliada del comunismo es nuestra burguesía podrida".

(Palabras del Dr. Moreno Cañas en una sesión Municipal).

APARTADO DE CORREOS No. 1386 — DIRECCIÓN: —Comité Central Ejecutivo del Partido Comunista de Costa Rica — PRECIO: DIEZ CENTIMOS

AÑO II | SAN JOSE, C. R., SABADO 25 DE FEBRERO DE 1933 | NÚM. 27

EDITORIAL

EL PAPA, RICARDO JIMENEZ Y LA CRISIS

"Hasta el momento, si bien es delicada, la situación no es para echarse a morir; ni hay andrajos en las calles ni se recojen los cuerpos de los muertos de hambre en las aceras". (Frase de un reciente reportaje del Presidente de la República)

En el primer día del año, acaso frente a un vaso de buen vino cosechado en los viñedos del Vaticano y después de un grato paseo en el automóvil que le regaló el asesino de trabajadores Benito Mussolini, el señor Pío XI lanzó su despampanante declaración. Para el Papa, y así deben admitirlo todos los mortales que aún tienen la vista fija en Roma, el año de 1933 es «santo». Las miserias y necesidades, el desempleo y el hambre, deben soportarse según eso con actitud contrita, porque lo ha decretado así el llamado sucesor de San Pedro.

La burguesía internacional ha aceptado gozosa esa decisión del Papa. Aún los gobernantes que se precian de come-curas, como Ricardo Jiménez, no han encontrado objeción qué oponer al mensaje de año nuevo del señor Pío XI. Lo encuentran tan justo y razonable que, textualmente o apenas cambiándole signos de puntuación y palabras más o menos, lo reproducen en sus documentos públicos. Ricardo Jiménez, por ejemplo, en la frase que viene al frente de esta nota editorial, se limitó a traducir y a aplicar a la realidad costarricense la piadosa plática papal. Aún resiste el cinturón que se le corra la hebilla; aún quedan hojas de árboles con qué cubrirse los órganos humanos que no deben estar a la intemperie; aún el hambre de la gente no ha llegado al extremo de que los trabajadores caigan en la calle fulminados como consecuencia de la falta de alimentación. En síntesis, la crisis económica no es todavía problema que pueda alarmar al Papa, a Ricardo Jiménez y a las burguesías de todos los continentes habitados.

Las cínicas declaraciones del pontífice mayor de la burguesía costarricense indican bien el desprecio con que ella ve la desesperante situación de las masas del país. Porque estas masas, actualmente, sí andan en andrajos, sí padecen hambre, sí carecen de techo donde guarecerse, sí están ya muriendo víctimas de la falta de alimentación, nó en la calle y de una vez, como fuera preferible para ellas, sino en sus covachas de la ciudad y en sus chozas del campo; y lentamente, angustiosamente, en una agonía que se prolonga a través de las semanas y los meses.

Y qué soluciones ha intentado la clase gobernante para este agudo problema social? Ningunas. El Ejecutivo y el Congreso se han limitado a declarar que en Costa Rica la crisis aún es soportable. En momentos de agitación de los sin-trabajo, han elaborado planes pedantes, con muchas citas de economistas burgueses (Proyectos Martín, Tinoco, Arias, etc.) que luego se han quedado en el papel, después de servir para acallar con ellos, momentaneamente, la protesta de los desocupados. Y no se limita a eso la criminal inconciencia de la clase gobernante costarricense. También anula todo esfuerzo hecho desde abajo por ayudar a los trabajadores de la ciudad y del campo a mejorar su dura situación. Nosotros estamos autorizados para decirlo porque el Partido Comnnista ha luchado tenazmente en este sentido.

Como es sabido por toda la población trabajadora del país, nuestro Partido elaboró dos proyectos de ley de fácil ejecución, siempre que se pusiera en cintura al capitalismo nacional y extranjero, y en beneficio de la clase obrera y campesina. Esos proyectos, uno de ayuda a los desocupados y otro sobre salario mínimo—no fueron siquiera discutidos por el Congreso. Ahora, desde la Municipalidad, todos los esfuerzos de nuestros regidores en el mismo sentido han tropezado con la testarudez gubernativa. Hemos sostenido con vehemencia la tesis de que una moratoria general de las deudas del Municipio de San José debe ser impuesta, para destinar dinero, todo el dinero posible, a solventar en parte la situación de los parados de la ciudad capital. Y cuál ha sido el resultado de esos esfuerzos? Que el Gobierno se niega a conceder la moratoria sobre los ciento veinticinco mil colones de los bonos de pavimentación. Hasta el último céntimo debe serle pagado, porque lo necesita para alimentar toda la enorme legión de parásitos que Casorla, Luis Anderson, los Castro Beeche y demás señorones de la argolla ricardista han colocado en las distintas dependencias nacionales.

Esto último es perfectamente cierto, aún cuando mentirosamente afirme el Presidente que el nuevo presupuesto nacional ha sido rebajado. Los mismos diputados ricardistas (Francisco de Paula Gutiérrez) declaran públicamente que el proyecto de presupuesto elaborado por el Ejecutivo viene frondosísimo de nuevas canongías recíen creadas, para que de éllas disfruten las extensas parentelas de los hombres que están en el Congreso, los Ministerios y la Casa Presidencial. En ese presupuesto, solo los sueldos de los empleados subalternos más inferiores, dentro del concepto que de la jerarquía tienen los burgueses, vienen recortados. Porteros, maestros de escuela, choferes de autos del Gobierno, recibirán pagas aún más irrisorias; pero, los diputados continuarán ganando ₡ 600.00 y los Ministros y sus ahijados, y los Casorla y sus compinches, sueldos tan jugosos como ésos.

Estas no son "lamentaciones de Jeremías", como dice Ricardo Jiménez. Es la protesta viril y enérgica de un Partido que representa a las masas de Costa Rica. Y que no se queda en denunciar esos hechos escandalosos, sino que dice y repetirá en todo momento a los trabajadores: Obreros y campesinos del país, sólo por la vía de la insurrección lograréis arrebatarle a la burguesía ese poder político y económico que detenta, para su propio beneficio y como instrumento de explotación de las masas.

EL MES DE ENERO EN LA REVOLUCION

Lenín, Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht

TRABAJO dejó pasar el mes de Enero sin dedicar especialmente una columna suya al recuerdo de Lenin, Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht.

El 21 de Enero de 1924 murió Lenin y el 15 de Enero de 1919, el Enero rojo de Berlín, murieron Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht.

Enero es pues, para los comunistas, un mes que recuerda acontecimientos memorables en la historia de su partido.

La muerte de Lenin, Rosa Luxemburgo y Liebknecht, no significa para nosotros lo mismo que la muerte de la mayor parte de los seres humanos. Su existir se hizo en tal forma que su muerte no puede ser considerada como un final, sino como la continuación de una obra. Se trata de un hecho que no apaga sino que ilumina una vida, pone de relieve su trascendencia y hace ver que esta trascendencia se prolonga infinitamente en el tiempo y en el espacio. Con su muerte, la presencia de su acción rebosa de los límites del país de origen y se extiende sobre toda la tierra como la inundación fecunda de un río.

LENIN, JEFE DE LA REVOLUCION RUSA

Hoy ya no se piensa en ellos como individuos de Rusia o de Polonia o de Alemania. Son universales. Los comprenden los trabajadores de todas las latitudes.

No es posible pensar en ellos como se piensa en los muertos tendidos e inmóviles en la quietud y soledad de la tumba. Lenin, Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht van y vienen entre los vivos, con sus movimientos inteligentes de revolucionarios convencidos con sus actitudes de luchadores, movimientos y actitudes en donde no hay nada supérfluo. Cada línea del cuerpo está tendida hacia un fin preconcebido, cada palabra escrita o dicha dirigida como una flecha o como una bala hacia un blanco determinado.

Es así que a la hora de recordar su muerte se levantan en nuestra memoria llevando a cabo hechos que nos han impresionado profundamente:

Lenin

Aquí está Lenin hablando como lo describe Gorki, en el Congreso celebrado por los social-demócratas rusos en Londres, en el año de 1903. Allí están también Plekhanov con su levita de pastor protestante bien abotonada y su oratoria que él cree incontrovertible, oyéndose a sí mismo lleno de complacencia, con el sentimiento de íntima satisfacción de que cada una de sus palabras y de sus pausas es de gran valor, y Martov con un flujo de palabras oscuras, temblando y agitándose ante el rompimiento o la escisión que se aproxima en el Partido.

Vladmiro Illitch se precipita a la tribuna que han ocupado antes Plekhanov, Martov y Rosa Luxemburgo, y grita:

"¡Camaradas!" con su voz gutural. En el primer momento me pareció que hablaba mal, pero un minuto después yo y todos los demás estabamos absortos con su palabra. Fué la primera vez que oí tratar los complicados asuntos políticos en una forma sencilla. Aquí no era el caso de ir a caza de frases elocuentes, sino que cada palabra era pronunciada con toda claridad y la explicación maravillosamente clara.

"Extendía su brazo con la mano ligeramente levantada con la palma hacia arriba, y parecía pesar en ella cada una de sus palabras e investigar las objeciones de sus oponentes, sustituyéndolas por argumentos importantes en favor del derecho y deber de la clase trabajadora, de seguir su propio camino y no con la burguesía liberal o arrastrándose tras ella. Todo ésto era inusitado, y Lenin parecía decirlo no por su propia voluntad sino por la voluntad de la Historia. La unidad, la entereza, la rectitud y fuerza de su palabra, su presencia toda en la tribuna, formaban un conjunto que era una verdadera obra de arte. Allí estaba exactamente lo que se necesitaba, no había nada supérfluo y la belleza que se presentaba era tan inevitable y natural como los dos ojos de la cara o los cinco dedos de la mano. Habló menos que los oradores que lo habían precedido, pero produjo más impresión. No fuí el único en darme cuenta de ello. Detrás de mí se levantaba un murmullo entusiasta: "¡Esto es hablar!" Y así era en efecto. No sacaba conclusiones de un modo artificial, sino que se desarrollaban por sí mismas, eran algo inevitable. Los mencheviques no trataron de ocultar su descontento ante el discurso de Lenin, ni el descontento mayor aún que les producía la presencia misma de Lenin. Cuanto más convincente presentaba él al Partido la necesidad de un mayor desarrollo de la teoría revolucionaria, de manera que la práctica pudiera ser vigilada a la luz de aquélla, con más desesperación lo interrumpían los mencheviques:

—¡Un Congreso no es lugar para hacer filosofía! ¡No tomes aires de maestro de escuela, nosotros no somos niños escolares!

Rosa Luxemburgo aprobaba a Lenin con la cabeza. En una de las reuniones posteriores, hizo ella un comentario justo a los mencheviques:

"Vosotros no estáis con el Marxismo: más bien os sentáis en él o mejor dicho os acostáis sobre él."

Rosa Luxemburgo

Es en 1914, cuando comienza la movilización de tropas en Alemania, cuando hasta Carlos Liebknecht, contra sus más íntimas con-

(Pasa a la Cuarta Página)

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.